



REVISTA COALICIÓN

EDICIÓN ABR - 2021

LAS PROMESAS DEL EVANGELIO

del Evangelio

Liberación

Restauración

Sabiduría

Fortaleza

Perdón

Misericordia

*“Así que, si el Hijo los hace libres, ustedes
serán realmente libres” (Juan 8:36).*

CONTENIDO

EDITORIAL	Carta del Director Editorial	4
BIBLIA Y TEOLOGÍA	El evangelio que necesitamos predicarnos Miguel Núñez	6
	Dos dimensiones de la liberación en Cristo Jose “Pepe” Mendoza	12
	Tres preguntas cruciales sobre la resurrección Josué Barrios	16
MINISTERIO	Cristianos fracasados y restaurados Fabio Rossi	22
	El evangelio ya es relevante Miguel Martínez	26
FE Y TRABAJO	Devoción + habilidad = sabiduría en el trabajo Ana Ávila	30
	Cómo el evangelio nos lleva a trabajar en amor al prójimo Arturo Pérez	34
VIDA CRISTIANA	Contentamiento en todo tiempo Patricia Namnún	39
	Un evangelio sin cruz hace cristianos débiles Cameron Cole	43
ACTUALIDAD	Perdonando a otros en tiempos de furia y odio Josué Barrios	47

CONTENIDO

CULTURA Y ARTE	La misericordia de Dios en “Noticias del Gran Mundo” Valia Lima	52
	Poema: El milagro de las Buenas Noticias de redención Alejandro Urrea	55
RESEÑA	¡Quiero cambiar! Priscila López Villegas	58
COALICIÓN RESPONDE	Respuestas a preguntas Varios autores	61

Carta del Director Editorial



Jose "Pepe" Mendoza
Director Editorial

El equipo de Coalición por el Evangelio está muy agradecido al Señor por el número inaugural de esta revista. A diferencia de nuestros otros proyectos editoriales, esta revista cuatrimestral tiene la peculiaridad de establecer un tema particular para desarrollarlo en nuestras seis secciones generales: Vida cristiana, Biblia y teología, Ministerio, Actualidad, Cultura y arte, y Fe y trabajo. Además, ofrecemos una selección de los mejores artículos de nuestra biblioteca virtual sobre ese tema, junto con preguntas de nuestros lectores y otras secciones afines que complementan la comprensión del mismo.

En este primer número aprovechamos la celebración de la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo en la cruz del calvario para reflexionar sobre las promesas del evangelio. Paul Tripp escribió en su libro *Guerra de Palabras* (Poiema Publicaciones, 2017) que “las promesas del evangelio... son las que me animan a salir de las tinieblas a la luz verdadera. El pecado produce culpa, vergüenza y temor, pero solo el amor perfecto del Señor echa todo esto fuera”. Pedro habló de esas promesas al definirlas como “preciosas y maravillosas” (2 P 1:4). Son promesas que el apóstol entendió que debes recordar y afirmar continuamente, con suma diligencia, para que sea firme tu “llamado y elección de parte de Dios” (vv. 10-15).

En cada sección de este número estaremos meditando en cada una de estas preciosas promesas que Tripp enumera de la siguiente manera: perdón, liberación, restauración, reconciliación, sabiduría y misericordia. Todas estas promesas son simplemente la prueba contundente de la multiforme gracia de Dios en Cristo a tu favor.

Oramos que todas estas reflexiones puedan ser una oportunidad para que esta Semana Santa sea realmente un tiempo de meditación, desde las diferentes áreas de tu vida, y puedas decir como David: “Sean gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón delante de Ti, Oh SEÑOR, roca mía y Redentor mío” (Sal 19:14).



¿CONOCES NUESTROS PODCASTS?



Sermón para
tu Semana



De la Biblia
a la Vida



Coalición
Podcast



Coalición Lee



Piensa Podcast



Coalición Radio

¡ENCUÉNTRALOS EN TU
PLATAFORMA FAVORITA!

► coalicionporelevangelio.org/podcasts



Escuchar



Podcast



Librería



Buscar

EL EVANGELIO QUE NECESITAMOS PREDICARNOS **UNA EXPLICACIÓN BREVE DE LA BUENA NOTICIA**

POR MIGUEL NÚÑEZ

Hablar de “predicarnos el evangelio a nosotros mismos” puede ser curioso para algunos creyentes, confuso para otros, y quizás provocativo para la mayoría.

La primera vez que leí al respecto fue en 1991, en un libro de Jerry Bridges, *La disciplina de la gracia*. El tercer capítulo de ese libro se titula: “Predícate el evangelio a ti mismo”. Bridges argumenta que el evangelio no es solo para que los incrédulos puedan llegar a Cristo, sino que es para toda la vida, llevándonos a obedecer y caminar en santidad, en dependencia del Espíritu Santo.

Necesitamos, entonces, definir claramente el evangelio, si queremos entender su centralidad e impacto en nuestra vida. Romanos 3:20-26 nos ayudará a conocer mejor este evangelio que amamos y predicamos, y cómo se aplica en nuestra vida diaria.

El propósito de la ley

El apóstol Pablo califica la ley como santa, justa, y buena (Ro. 7:12). Pero Romanos 3:20 enseña que, aun siendo buena, la ley no me permite obtener salvación:

“Porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de Él; pues por medio de la Ley viene el conocimiento del pecado”. A través de las obras de la ley es imposible obtener salvación, porque la ley, al revelar el carácter de Dios, solo me

permite conocer mi pecado.

La ley, entonces, refleja el carácter de Dios, de manera que cada vez que la violo, estoy atacando el carácter de Dios. No podemos cumplir con las obras de la ley para ser salvos porque, como revela Romanos 8:7, el hombre pecador no se somete a la ley de Dios, y ni siquiera puede hacerlo. Si hemos de ser salvos, debe ser a través de otra vía. ¿Cuál? El texto sigue explicando.

Justicia en Cristo para todos los que creen

En los versículos 21-22 leemos:

“Pero ahora, aparte de la Ley, la justicia de Dios ha sido manifestada, confirmada por la Ley y los Profetas. Esta justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo es para todos los que creen. Porque no hay distinción...”.

Cuando Pablo habla de la justicia de Dios, se refiere por un lado al carácter moral de Dios, y por otro lado a la posición de estar justificado delante de Dios, que es lo que yo requiero para ser salvo. Aquí el apóstol nos enseña que lo necesario para ser salvo es algo que adquirimos aparte de la ley.

La palabra traducida allí como *justicia* implica un estatus ante Dios que se adquiere después de haber sido declarado justo sin serlo, ya que el juez ha declarado que soy sin culpa. Esa rectitud requerida para la salvación nos ha sido dada no por medio de la ley, sino por medio de Jesucristo. Eso es lo que el mensaje del evangelio proclama.

“La ley, entonces, refleja el carácter de Dios, de manera que cada vez que la violo, estoy atacando el carácter de Dios”.

La rectitud moral perfecta necesaria para entrar al reino de los cielos no estaba disponible antes, y no era alcanzable por medio de la ley. Pero ahora es alcanzable aparte de la ley. Y como el versículo 22 afirma, esta salvación viene por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen, sin distinción alguna (v. 22).

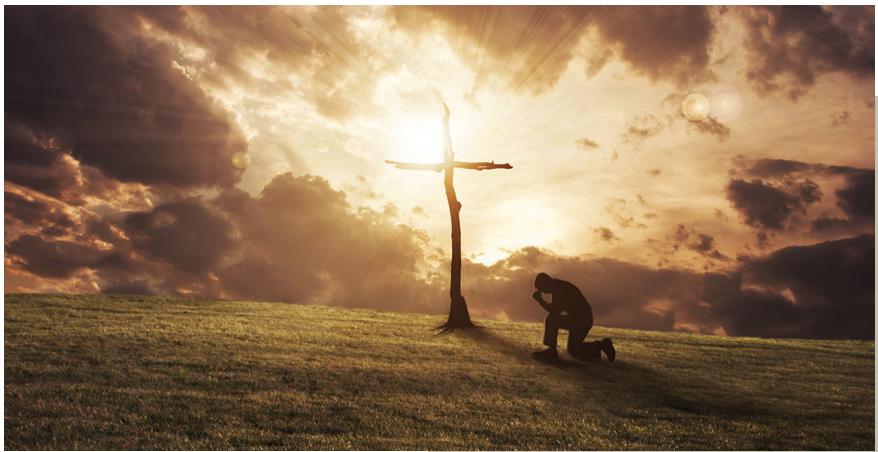
Justificación por gracia

Pablo continúa instruyéndonos, y nos deja ver que toda la raza humana no ha podido obedecer a Dios; no ha podido complacer a Dios porque no puede obedecer a cabalidad las obras de la ley. Por consiguiente, Dios salió a buscar a esa persona que no merece salvación. Nuestra justificación es enteramente por gracia:

“Por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios. Todos son justificados gratuitamente por Su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús”, (v. 23-24)

La palabra “justificados” en el griego es *dikaio*, e implica una acción judicial. Es un término aplicado a las cortes judiciales, específicamente cuando alguien entraba a esa corte siendo acusado de un crimen, y era despachado por el juez y declarado inocente. De manera que el apóstol nos dice que el evangelio es *buenas nuevas* porque nos informa que nosotros, en algún tiempo, éramos culpables ante la ley de Dios, ante el tribunal divino, y entramos a ese juzgado siendo justamente acusados, pero nuestro juez nos ha declarado justos sin que lo seamos.

Dios nos declara inocentes simplemente por su gracia, sin ningún costo para mi persona. Sin embargo, el hecho de que la justificación sea gratuita para nosotros no significa que no costó nada. Aunque la salvación es gratis para nosotros, se logró a través de un alto pago: la vida y sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo. Él pagó para que yo fuera liberado de la condenación.



Redención por gracia

Otra palabra clave que leemos en Romanos 3:24 es *redención*. En su lenguaje original, esta palabra significa liberar de la esclavitud a alguien por medio del pago de un precio. Somos libres de la esclavitud del pecado y la condenación que merecemos, no por medio de nuestros esfuerzos, sino por el pago que Cristo hizo en la cruz.

Ahora podemos entender por qué Pablo escribió a los Efesios en 2:8-9,

“Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe, y esto no procede de ustedes, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se glorie”.

No es por las obras de la ley, ya que nadie las puede cumplir. Al no poder cumplir la ley, nos hemos quedado cortos de la gloria de Dios.

La salvación nos llega por la gracia de Dios el día en que ponemos nuestra fe en Cristo. Así, el evangelio me da una esperanza, me dice que no depende de mí y de mi obrar, sino de la obra redentora de Dios en su Hijo, hecha para nuestro beneficio.

Cristo por nosotros

Los versículos siguientes, Romanos 3:25-26, nos ayudan a entender cuánto hizo Dios a favor del pecador en Cristo:

“[A Cristo] Dios exhibió públicamente como propiciación por Su sangre a través de la fe, como demostración de Su justicia, porque en Su tolerancia, Dios pasó por alto los pecados cometidos anteriormente, para demostrar en este tiempo Su justicia, a fin de que Él sea justo y sea el que justifica al que tiene fe en Jesús”.

Aquí vemos que quien crucifica al Hijo a favor del pecador es Dios Padre, porque es Él quien lo exhibe públicamente como propiciación.

Este término, *propiciación*, en esencia tiene dos significados: 1) cubrir con sangre, y 2) aplacar la ira de una deidad.

Este concepto era conocido en el mundo pagano, y pasó al cristianismo para ayudarnos a entender que Dios ciertamente había estado airado contra el pecado del hombre, y contra el hombre por su pecado. Por lo tanto, Dios había revelado que no dejaría impune al culpable. Dios en su perfección tenía que satisfacer su ley, la cual había sido violada. Para no dejar esa ley sin cumplir, existían dos opciones: enviar a toda la humanidad a una condenación eterna, o pagar Él mismo el precio de esa condenación.

Dios, en su amor por nosotros, pagó el precio de nuestra salvación y cumplió así Su justicia. Por eso el texto dice que Dios hizo esto “como demostración de Su justicia, porque en Su tolerancia,

Dios pasó por alto los pecados cometidos anteriormente”.

Dios anteriormente había pasado por alto el pecado del hombre, pero lo hizo en espera de un pago futuro. El tiempo de ese pago llegó y Dios, para demostrar el cumplimiento de

“Dios, en su amor por nosotros, pagó el precio de nuestra salvación y cumplió así Su justicia”.

su justicia, sacrificó a su Hijo en la cruz, y descargó sobre Él todo el peso de su ira y justicia.

Por eso Pablo puede decir que Dios es justo, ya que hace cumplir su justicia. Al mismo tiempo, Dios es el que justifica al pecador, cosa que sucede cuando ése pecador deposita su confianza en la persona de Jesús, quien vivió una vida perfecta en nuestro lugar.

En el sentido final, los romanos y judíos no fueron quienes llevaron a Jesús a la cruz. Ellos simplemente fueron la causa instrumental de cómo esto se llevó a cabo. Los antiguos filósofos, como Aristóteles, diferenciaban la *causa instrumental* de la *causa final*. La causa instrumental es solo el medio de cómo algo se realiza, y la causa final es la causa o razón por la que se llevó a cabo. En la crucifixión de Cristo, la causa final que explica el sacrificio del Hijo para el perdón de nuestros pecados es la perfección de Dios, que requiere la satisfacción de su santidad y justicia.

Resurrección victoriosa

En 1 Corintios 15:1-4 Pablo habla más sobre el evangelio al explicar su mensaje: que el Señor Jesús murió según las Escrituras, y que resucitó también según las Escrituras. Esos dos hechos son los dos

portalibros que encierran la noticia del evangelio.

El apóstol dice que si Cristo no resucitó, aún estamos en pecado (v. 17). Esto se debe a que si Cristo hubiera permanecido en la tumba, sería indicación de que el Padre no había quedado satisfecho con su sacrificio. Pero la resurrección de Cristo es el *amén* del Padre al sacrificio que Cristo hizo tres días antes. Es lo que sella la obra redentora, y es nuestro grito de victoria. Es lo que termina de completar el gozo que el mensaje del evangelio nos trae.

Amor que nos transforma

El evangelio, pues, es el mensaje de salvación de Jesucristo para la raza humana, la cual quedó bajo condenación después de la caída de Adán y Eva. Para que ese mensaje pudiera llegarnos, Dios Padre envió a su único Hijo, quien vivió una vida en perfecta obediencia para cumplir la ley de Dios a favor de nosotros, y quien se ofreció al final de sus días en una cruz.

En la cruz, Jesús murió como sacrificio en nuestro lugar, de manera que Aquel que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros, para luego resucitar al tercer día, de modo que todo aquel que crea en El, no se pierda y tenga vida eterna (Jn. 3:16; 2 Co. 5:21).

Este evangelio habla entonces del amor inexplicable de Dios por nosotros mostrado en Jesús. Por eso, el apóstol Pablo decía:

“Pues el amor de Cristo nos apremia, habiendo llegado a esta conclusión: que Uno murió por todos, y por consiguiente, todos murieron. Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquél que murió y resucitó por ellos”.

Lo que Pablo nos deja ver es que lo que Cristo hizo debe motivarnos al máximo a vivir en obediencia, avanzando en nuestra santificación, viviendo únicamente para Él. Los imperativos en la vida cristiana, que son las cosas que tenemos que hacer, son motivados por los indicativos, que son las cosas que Dios ya ha hecho.

Teniendo claro esto en el evangelio, puedo entonces aplicarlo al incrédulo, al llamarlo a creer en Jesús, y puedo también aplicarlo a mi propia vida como creyente, para crecer cada día más a imagen de Cristo, viviendo agradecido por su amor.

DOS DIMENSIONES DE LA LIBERACIÓN EN CRISTO

PROMESA DEL EVANGELIO:
“LIBERACIÓN”.

Por Jose “Pepe” Mendoza



La redención bíblica está íntimamente asociada a la idea de liberación. De hecho, la historia de Israel tiene como punto de partida la liberación de la esclavitud de Egipto. La esperanza de liberación no parecía posible ni por una revolución, un líder carismático o la simple benevolencia del opresor.

Pero cuando Israel ya vivía casi medio milenio de esclavitud, Yahvé mismo buscó a un israelita olvidado, un líder fallido que vivía exiliado en medio del desierto, para revelarle que Él conocía la aflicción de su pueblo y no había olvidado su pacto con Abraham. Ahora Moisés debía ir y decirles a los israelitas en nombre de Dios: “Yo soy el SEÑOR, y los sacaré de debajo de las cargas de los egipcios. Los libraré de su esclavitud y los redimiré con brazo extendido y con grandes juicios. Los tomaré a ustedes por pueblo Mío, y Yo seré su Dios” (Ex 6:6-7a).

Esta declaración del Señor es tan singular porque enfatiza que nadie más que Dios mismo sacará, librará, redimirá y declarará a Israel como su pueblo y a Él como su Dios. La liberación total del pueblo, en todas sus áreas y facetas, solo descansaría y sería pagada (redimida) por Dios mismo, sin ninguna intervención humana.

Israel perdió su libertad en diferentes ocasiones y siempre fue Dios mismo quien ofreció y logró la tan ansiada liberación. Más de seiscientos años después del Éxodo, el Señor tendría que volver a recordarle a su pueblo lo que ya le había dicho a Moisés: “No temas, gusano de Jacob, ustedes hombres de Israel. Yo te ayudaré, declara el Señor, tu Redentor es el Santo de Israel” (Is 41:14). El destierro en Babilonia estaba cercano, una nueva esclavitud era latente, pero ellos podían vivir sin temor porque el Señor seguía siendo el único libertador atento y poderoso de Israel.

“El evangelio anuncia que Jesucristo pagó el precio para liberarte del quebranto, reconstruir tu corazón y darte una vida nueva”.

El evangelio es la misma buena noticia que declara la redención y liberación ofrecida solo por el Señor. Cerca de ochocientos años después del profeta Isaías, Jesucristo mismo vuelve a tomar las palabras de Isaías al inaugurar su ministerio: “EL ESPÍRITU DEL SEÑOR ESTÁ SOBRE MÍ... ME HA ENVIADO PARA PROCLAMAR LIBERTAD A LOS CAUTIVOS... PARA PONER EN LIBERTAD A LOS OPRIMIDOS” (Lc 4:18). Así Jesús proclama su divinidad al afirmar que la obra que vino a realizar es la liberación de los cautivos y oprimidos.

Estas dos palabras, *cautivos* y *oprimidos*, te muestran dos dimensiones precisas de la liberación que gozas en Cristo al haber sido redimido por su obra.

Liberación de la cautividad

Antes de Cristo eras un “cautivo”; es decir, estabas privado de tu libertad al estar sometido como si fueras un prisionero de guerra. Por un lado, eras prisionero del diablo, quien te tenía “cautivo... para hacer su voluntad” (2 Ti 2:26). Esa voluntad diabólica busca mantenerte engañado en la mentira con que opera todo el sistema mundial, negando y ocultando la verdad divina bajo un manto

de tinieblas, mientras se le sigue ofreciendo a la humanidad una supuesta iluminación que le permitirá ser como el mismo Dios (Gn 3:5). ¡Una promesa falsa que nunca se ha cumplido ni se cumplirá!

El apóstol Pablo explica que esta cautividad es engañosa y opuesta al cristianismo porque aprisiona a través de “filosofía y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los principios elementales del mundo y no según Cristo” (Col 2:8).

Pablo enfatiza que lo que está en juego es la liberación de la esclavitud de los principios del mundo que tienen engañada a la humanidad. Él contrasta los principios engañosos y vacíos del mundo con los de Cristo. Justamente, el evangelio te presenta la liberación a través de la redención gratuita por gracia en Jesucristo, cuyo pago por tu pecado también incluye la liberación del engaño mentiroso del diablo (Jn 8:44) por medio de la verdad poderosa de la Palabra (Jn 8:32; 14:6).

“El evangelio
anuncia que
Jesucristo pagó el
precio para liberarte
del quebranto,
reconstruir tu
corazón y darte una
vida nueva”.

Tan importante es la verdad de Jesucristo como elemento liberador, que Pablo no duda en llamarnos a dejar las cadenas de la cautividad y las ropas de prisionero, y a despojarnos “del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos, y que sean renovados en el espíritu de su mente, y se vistan del nuevo hombre, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4:22-24).

Liberación de la opresión

Nuestro Señor Jesucristo vino para “poner en libertad a los oprimidos”. La palabra *opresión* en el original griego significa aquello “que está quebrado en pedazos”. Sabemos que la esclavitud del pecado nos somete a vejación, abuso y humillación constantes. El pecado nos quiebra, agobia, nos roba la esperanza y nos produce un profundo desasosiego. Todas las promesas del mundo sin Dios son engañosas, nunca se cumplen, y esa realidad oscura nos opprime hasta la muerte.

Cristo fue a la cruz para ser “Molido por nuestras iniquidades.

El castigo de nuestra paz, cayó sobre Él, Y por Sus heridas hemos sido sanados” (Is 53:5). El evangelio anuncia que Jesucristo pagó el precio para liberarte del quebranto, reconstruir tu corazón y darte una vida nueva. Jesús te libera de una vida opresiva y degradante y si el Hijo te libera, serás “realmente libre” (Jn 8:36).

Una de las grandes promesas del evangelio es la liberación. Cristo fue a la cruz para rescatarte de la cautividad del mundo y para que seas libre con la verdad de la Palabra de Dios. Cristo fue quebrantado para que tú fueras reconstruido y hecho una nueva criatura. Así, cada uno de nosotros puede decir con todos los redimidos,

“Den gracias al Señor,
porque Él es bueno;
Porque para siempre es
Su misericordia.
Díganlo los redimidos del Señor,
A quienes ha redimido de la
mano del adversario...”
(Salmo 107:1-2).

TRES PREGUNTAS CRUCIALES SOBRE LA RESURRECIÓN

POR JOSUÉ BARRIOS

¿Cómo resumirías el evangelio?

Tal vez dirías que se trata de la buena noticia de que Jesucristo, el Hijo de Dios, vino a morir por nuestros pecados y a prometernos salvación por medio de nuestra fe en Él. Esto en verdad forma parte del evangelio, y yo también lo incluiría en mi resumen de las Buenas Noticias.

Pero he notado que, a menudo, eso es básicamente lo único que decimos sobre el evangelio. A veces pasamos por alto la resurrección en nuestra presentación. En otro tiempo, yo hubiese sido con facilidad el presidente del “club de evangélicos que no mencionan la resurrección cuando predicen”.

LA RESURRECCIÓN FORMA PARTE DEL EVANGELIO

El que los cristianos a veces dejemos de prestar importancia a la resurrección de Cristo no es algo nuevo. En 1 Corintios 15, uno de los primeros pasajes de la Biblia en ser escritos sobre la resurrección, se nos muestra que la iglesia en Corinto había olvidado la importancia de esta verdad. Algunas personas incluso la estaban negando. ¿Puedes imaginar algo así? ¿“Cristianos” que no creen que Cristo resucitó?

Por eso el apóstol Pablo le recuerda a la iglesia en qué consiste el evangelio, y presenta su resumen:

“Ahora les hago saber, hermanos, el evangelio que les prediqué, el cual también ustedes recibieron, en el cual también están firmes, por el cual también son salvos, si retienen la palabra que les prediqué, a no ser que hayan creído en vano. Porque yo les entregué en primer lugar lo mismo que recibí: que Cristo murió

por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”, 1 Corintios 15:1-5.

La resurrección de Cristo al tercer día, según la Palabra de Dios, es parte esencial del evangelio que somos llamados a creer para salvación y debemos proclamar.

Por supuesto, la enseñanza sobre la resurrección de Jesús puede generar algunas preguntas. Lo bueno es que en los siguientes versículos, Pablo responde al menos tres de estas interrogantes cruciales.

1. ¿EN VERDAD OCURRIÓ LA RESURRECCIÓN?

Pablo le recuerda a la iglesia en Corinto que Jesús

“se apareció a Cefas y después a los doce. Luego se apareció a más de 500 hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven aún, pero algunos ya duermen. Después se apareció a Jacobo, luego a todos los apóstoles. Y al último de todos, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí. Porque yo soy el más insignificante de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues persegui a la iglesia de Dios”, 1 Corintios 15:5-9.

El hecho de que Pablo tenga que escribirle esto a los corintios es útil para nuestra conversación en el siglo XXI sobre la resurrección, porque en nuestra era moderna tendemos a ver a las personas de épocas anteriores como más supersticiosas y fáciles de engañar que nosotros. Este texto nos recuerda que la resurrección no fue algo que todo el mundo creyó fácilmente en el siglo I.

Hay diversos argumentos a favor de la resurrección de Jesús, pero la calidad de los testigos que menciona Pablo aquí es uno que vale la pena analizar.

Primero, Pablo menciona a Pedro, un hombre que, para el tiempo en que se escribió esta carta, había padecido ya bastante por su fe, y que más adelante fue martirizado. Luego, Pablo menciona a los otros apóstoles, que también fueron martirizados excepto el apóstol Juan; y entonces, Pablo menciona que quinientas personas

vieron a Jesús resucitado, muchas de las cuales aún vivían en el momento en que fue escrita la carta.

“Si la resurrección es real, entonces es infinitamente importante; y si no es real, entonces no tiene importancia. Lo único que la resurrección de Jesús no puede ser, es ser medianamente importante”.

Cristo. Él fue transformado de perseguidor de la iglesia a apóstol del Señor por la gracia de Dios, llegando incluso a trabajar más que los doce apóstoles (v. 9-10).

Pablo llegó a soportar toda clase de aflicciones y persecuciones por causa del evangelio (2 Co. 11:23-27). Él mismo reconoce que sería absurdo soportar todas esas luchas si Jesús no resucitó de entre los muertos: “Si por motivos humanos luché contra fieras en Efeso, ¿de qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos” (v. 32). Más adelante, Pablo murió por causa del evangelio.

Los testigos de la resurrección mencionados en 1 Corintios 15 llegaron a cambiar al mundo y fueron capaces de sobrellevarlo todo por Jesús. ¿No es sensato creer en el testimonio de estos hombres? [1]

2. ¿CUÁN IMPORTANTE ES LA RESURRECCIÓN?

Pablo enseña además lo que debería ser obvio para toda persona (sea cristiana o no): sin la resurrección de Jesús, el cristianismo es una pérdida de tiempo.

“Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre

Esto es como si Pablo dijera a los corintios: “¿No me creen que la resurrección es real? Pueden ir a Jerusalén y preguntarle a los testigos que siguen vivos y han soportado persecución de los judíos por esto. Sería fácil dejarme en ridículo si estoy equivocado”. En aquel entonces, gracias a la *pax romana* (una política del imperio romano), esta clase de viajes eran seguros y sin complicaciones.

Además de esto, Pablo añade su propio testimonio a la lista. Él fue un testigo de la resurrección de

ustedes que no hay resurrección de muertos? Y si no hay resurrección de muertos, entonces ni siquiera Cristo ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado, vana es entonces nuestra predicación, y vana también la fe de ustedes. Aún más, somos hallados testigos falsos de Dios, porque hemos testificado contra Dios que El resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan.

Porque si los muertos no resucitan, entonces ni siquiera Cristo ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es falsa; todavía están en sus pecados. Entonces también los que han dormido en Cristo están perdidos. Si hemos esperado en Cristo para esta vida solamente, somos, de todos los hombres, los más dignos de lástima”,

1 Corintios 15:12-19.

Parafraseando a C. S. Lewis, podemos decir que si la resurrección es real, entonces es infinitamente importante; y si no es real, entonces no tiene importancia. Lo único que la resurrección de Jesús no puede ser, es ser medianamente importante.

Sin la resurrección de Cristo no tenemos por qué creer en la salvación que Él nos ofrece, la predicación del evangelio es un sin sentido y un engaño, todavía estamos bajo condenación por nuestros pecados (si creemos que existe un Dios creador y justo contra el cual nos hemos rebelado), y no tenemos ninguna esperanza. Además, si esta es la única vida que hay, seguir a Cristo es una pésima idea porque demanda demasiado de nosotros cuando podríamos más bien dedicarnos a otras cosas; seríamos dignos de lástima.

Pero la resurrección es real, y esto lo cambia todo.

3. ¿CÓMO DEBEMOS VIVIR A LA LUZ DE LA RESURRECCIÓN?

Pablo no solo quiere convencernos de la veracidad e importancia de la resurrección, sino también hacernos ver cómo debe impactar nuestras vidas.

Si no existe la resurrección, entonces no tiene sentido perseguir la santidad y buscar vivir para el Señor; y si decimos que creemos

en ella pero no vivimos con sobriedad, entonces nos estamos engañando pensando que tenemos conocimiento de nuestro Señor:

“Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos. No se dejen engañar: ‘Las malas compañías corrompen las buenas costumbres.’ Sean sobrios, como conviene, y dejen de pecar; porque algunos no tienen conocimiento de Dios.

Para vergüenza de ustedes lo digo”,

(1 Corintios 15:32b-34).

Más adelante, luego de hablar de la gloria del cuerpo resucitado que cada creyente tendrá en el futuro gracias a la obra de Cristo y su gloriosa victoria sobre la muerte (1 Co. 15:35-55), Pablo da gracias al Señor y nos recuerda que, como resultado de la resurrección, nada de lo bueno que hacemos es inútil:

El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley; pero a Dios gracias, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, mis amados hermanos, estén firmes, constantes, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que su trabajo en el Señor no es en vano”,

1 Corintios 15:56-58.

Si Jesús no resucitó, no tenemos esperanza alguna para nuestra vida más allá de la muerte. ¿Por qué esforzarnos entonces por hacer el bien a los demás? En última instancia, no valdría la pena amarnos ni ser constantes buscando la justicia en este mundo destinado solo a la muerte. La resurrección de Jesús es nuestra garantía de que hay esperanza para el hombre.

La tumba vacía de Jesús es un adelanto de que su voluntad justa y misericordiosa será consumada en esta tierra. En un mundo dañado por el pecado y la maldad, Dios ha triunfado. Esto nos impulsa a ser constantes trabajando en la obra del Señor, buscando el bien de nuestros hermanos y los no creyentes, sabiendo que esto no será una pérdida de tiempo. La muerte no podrá arruinar todo lo bueno por lo que luchemos porque Jesús la venció.

[1] La mejor defensa sólida y breve que conozco en español sobre la resurrección de Jesús está en el capítulo 13 del libro *¿Es razonable creer en Dios?*, de Timothy Keller (B&H Español). Allí el autor presenta un argumento excelente y conciso en contra de las teorías que buscan socavar la legitimidad del testimonio de los testigos de la resurrección de Jesús.



LIBROS GRATUITOS PARA
LA IGLESIA HISPANA



¡DESCÁRGALOS HOY!
COALICIONPORELEVANGELIO.ORG/EBOOKS

CRISTIANOS FRACASADOS Y RESTAURADOS

PROMESA DEL EVANGELIO:
"RESTAURACIÓN".

Por Fabio Rossi

Todos hemos sentido temor al fracaso. Tememos perder un examen, un negocio o una amistad. Nos tiemblan las piernas al pensar que podemos errar en el ministerio, hacer un mal trabajo o no ser buenos padres. Es una sensación horrible que golpea directamente al centro de nuestro ser trayendo culpa, frustración y desesperanza.

Quizás por eso podemos identificarnos con Pedro, un discípulo determinado y entregado al Señor, pero que falló una y otra vez. Sus momentos de fracaso son memorables, ¿cierto? Tal vez recuerdes el más conocido, cuando afirmó con una firmeza admirable: “Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora mismo? ¡Yo daré mi vida por Ti!” (Jn 13:37), pero luego, solo unas horas después, lo encontramos negando a Jesús en tres ocasiones con el fin de salvar su propia vida (Jn 18).

Al igual que Pedro, todos hemos experimentado no solo el temor al fracaso, sino que en efecto hemos fracasado una y otra vez en nuestro caminar con Dios. Hemos prometido con determinación en nuestro corazón ya no volver a pecar en alguna área de nuestras vidas, pero poco tiempo después estamos fallando... una vez más.

¿Acaso hay esperanza de restauración para alguien que ha negado a Dios? ¿Habrá una luz de esperanza para el cristiano que fracasa? La respuesta es un amoroso, profundo y constante sí.

“Aunque sintamos que estamos un millón de pasos lejos de Dios, Él está a solo un paso de encontrarnos y abrazarnos nuevamente”.

La vida de Pedro no solo nos recuerda nuestros fracasos, sino que también nos enseña sobre la gracia restauradora de Cristo.

Restaurados por la gracia de Dios

Después de que Jesús murió (y resucitó!), los discípulos estaban pescando en el mar de Galilea, tal como Él les había dicho (Jn 21:1-3; cf. Mr 14:28; 16:7).

Jesús los observó desde la playa mientras ellos intentaban pescar, aunque sin suerte. Entonces, a la distancia, les dio instrucciones sobre dónde echar la red. Ellos obedecieron, aún sin reconocerlo. Al ver la pesca abundante, se dieron cuenta de inmediato: “¡Es el Señor!” (v. 7). En ese instante, Pedro saltó al agua para encontrarse una vez más con su Salvador.

“El camino hacia la restauración involucra nuestro regreso al primer amor”.

Cuando llegaron a la orilla, Jesús les preparó pescado y pan, y desayunaron juntos. ¿Puedes percibir lo que está pasando? Después de que estos hombres huyeron y lo abandonaron en el peor momento, Jesús los busca para prepararles un desayuno que nos habla de su amor. Ellos no lo merecían en absoluto, pero Él así lo quiso.

Seguramente tú también has fracasado y abandonado al Señor más de una vez. Quizás te sientes indigno o demasiado lejos para ser alcanzado de nuevo por su gracia. Sin embargo, este desayuno divino nos recuerda que la vida cristiana no se trata de ti; no es por tus méritos ni por lo insignificante u horrendo de tu pecado. Aunque sintamos que estamos un millón de pasos lejos de Dios, lo hermoso de la gracia es que nos recuerda que Él está a solo un paso de encontrarnos y abrazarnos nuevamente.

Restaurados para amar a Dios

Lo que viene después del desayuno es una escena intensa, íntima y pública a la vez. Por supuesto, Pedro está en el centro del escenario. Este discípulo que prometió dar su vida por Jesús, pero luego lo negó tres veces para salvar su propio pellejo, ahora tiene una conversación que pondrá en evidencia su lealtad y amor como creyente.

Jesús no cuestiona los motivos que Pedro tuvo para negarlo, ni tampoco lo aborda por la incongruencia entre sus promesas y sus acciones. En cambio, le hace una pregunta aún más profunda: “¿Me amas?” (v. 15). Lo que golpea el corazón de Pedro –y también el nuestro– no es la forma o las palabras que Jesús usa, sino la insistencia de su pregunta: “¿Me amas más que estos?... ¿me amas?... ¿me quieres?”.

De igual manera, el Señor nos pregunta hoy con insistencia: *¿Me amas?* Nuestros fracasos no nos han descalificado para ser receptores de la gracia de Dios, pero el camino hacia la restauración, que es por gracia, involucra nuestro regreso al primer amor (cp. Ap 2:2-5).

Restaurados para servir a Dios

La verdad del evangelio –esta buena noticia sobre la gracia y la restauración que viene de Dios– no solo representa un motivo de gozo para el alma humana, sino también una motivación poderosa para la vida cristiana.

El amor que Pedro confesó tres veces ante la pregunta de Jesús, se debía manifestar de manera visible: “*¿Me amas? Entonces, pastorea a mis ovejas*” (cp. Jn 10:1-18).

Al igual que este discípulo, tú y yo no fuimos restaurados por Dios para que sigamos viviendo para nosotros mismos. Más bien, ifuimos rescatados de vivir para nosotros mismos, para que ahora vivamos para Dios!

Somos restaurados para servir a Dios y nuestros mayores fracasos jamás podrán descalificarnos para ser receptores de su gracia ni para llegar a ser instrumentos en sus manos. La historia de la redención nos recuerda esta verdad constantemente: Moisés fue un asesino, David fue un adúltero, Rahab fue una ramera, Jacob fue un mentiroso, Pablo fue un perseguidor de la iglesia y Pedro negó a Jesús tres veces.

“Nuestros mayores fracasos jamás podrán descalificarnos para ser receptores de la gracia de Dios”.

Sigue a Jesús

Si en medio de tu fracaso el Señor abrió tus ojos y has dado frutos de arrepentimiento verdadero, y has recibido su gracia restauradora, entonces tu vida debe caracterizarse por el amor genuino y servicio fiel. Aunque Satanás quiera condenarte y tu prójimo te juzgue por tus fracasos, puedes encontrar aliento y esperanza en la gracia de Dios. Por eso se llama *gracia*: ¡un regalo que no merecemos!

Después de haber sido restaurado por Jesús y encomendado para servir, Pedro también recibió un adelanto de su muerte (Jn 21:19). Al oír esta nota inesperada, Pedro miró a Juan, el discípulo amado, y le preguntó a Jesús: *¿Y a este no le vas a decir nada?* (v. 21). Como quien dice: “Si me anuncias la muerte a mí, hazlo también con él”. Pero la respuesta de Jesús es directa y reveladora: “Si yo quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti, qué?” (v. 22).

Al ser restaurados para servir, nuestras vidas se verán de maneras distintas. Algunos posiblemente sean restituidos, otros posiblemente no. Algunos podrán regresar a lo que hacían antes, y otros posiblemente no. ¿Es esto justo o injusto? La respuesta de Jesús es: “Tú, sígueme” (v. 22). Dios es soberano. No te compares con otros discípulos. Permite que Dios obre su perfecta voluntad en tu vida. Deja que Él te restaure y te use como Él quiera, en el contexto que Él quiera, desde el lugar que Él quiera, según la medida de su poder y gracia restauradora.

EL EVANGELIO YA ES RELEVANTE

POR MIGUEL MARTÍNEZ



Yo era un hombre joven y parte del equipo de liderazgo juvenil de una iglesia que tuvo la bendición de tener una gran cantidad de jóvenes. Elaboramos nuestro calendario una agradable tarde de domingo y noté una tendencia.

¡Torneo de baloncesto! ¡Fiestas de pizza! ¡Olimpiadas juveniles!
¡Noche de concierto! ¡Noche de galería de arte! ¡Noche de juegos!
¡Día de tacos! ¡Día de playa! ¡Acampar!

Parecía que sería un año lleno y fantástico. *Los jóvenes estarán encantados*, pensé. Luego, cuando fuimos a planificar los servicios de la iglesia... ¡Necesitamos luces! ¡Necesitamos máquinas de niebla! ¡Necesitamos bocadillos! ¡Necesitamos café!

Una vez más, en aquel tiempo, pensé: “¡Suena genial!”.

Pero luego nos sentamos a un estudio bíblico, y la lección fue sobre el noviazgo. Y luego la próxima semana fue sobre el noviazgo otra vez. La semana siguiente fue sobre la escuela... y el noviazgo. Podría ser porque yo era el rey de la soledad en el reino de las citas, pero me molestaba que los estudios no fueran exactamente sobre la Biblia. Parecía que eran más “mi consejo, y luego algunas citas bíblicas vagamente relacionadas”.

CUANDO FORZAMOS LA RELEVANCIA

Todos estamos familiarizados con los problemas que han tenido nuestros pastores de jóvenes para evitar que los adolescentes inquietos se desconecten. Están en una carrera interminable para seguir siendo relevantes, mantenerse al día con los últimos memes, o el último video viral, o tratando de averiguar cómo inscribirse en Instagram y hacer cualquier uso de él. Y cuando comienza todo a tener sentido, felicidades, eso ya pasó de moda.

Nunca podremos ganar esa carrera.

Es una tremenda tentación abrazar esta mentalidad en el esfuerzo por atraer a la gente a nuestro alrededor. Después de todo, ¿no sería genial si un video de nuestro sermón se vuelve viral? ¿O si nuestro equipo de adoración comienza a tener tendencia? ¿No sería increíble si miles de personas compartieran un hashtag que inventamos? ¡Qué mejor manera de difundir el evangelio en esta época!

Nada de esto es malo... necesariamente. Pero si se convierte en el objetivo de nuestra cultura de la iglesia local, si estamos cultivando activamente contenido “viral”, entonces puede ser que estemos, más bien, persiguiendo el viento. Esa es una batalla perdida. Y al igual que el pastor juvenil que se frustra porque sus adolescentes prefieran pasar el tiempo con sus amigos, o jugando Fornite en su casa, el pastor que intenta atrapar una ola de tendencia solo se estrellará en la orilla de la irrelevancia.

HAY ALGO MUCHO MEJOR

No podemos entretener mejor que el mundo. Nuestro equipo de adoración no será mejor que el concierto del sábado por la noche. Nuestro pastor no es más divertido que el comediante de moda. Nuestro café no es mejor que el de la esquina. *Pero tenemos algo mucho más valioso que podemos ofrecer, algo para lo que fuimos creados.*

“Es este evangelio doloroso, lleno de angustia, pero victorioso, el que trae la verdadera revolución”.

Pablo escribió al pastor Timoteo:

“En la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, por Su manifestación y por Su reino te encargo solemnemente: Predica la palabra. Insiste a tiempo y fuera de tiempo. Amonesta, reprende, exhorta con mucha paciencia e instrucción. Porque vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oídos, conforme a sus propios deseos, acumularán para sí maestros, y apartarán sus oídos de la verdad, y se volverán a los mitos”, 2 Timoteo 4:1–4.

Este es el encargo del predicador, y por extensión, el de la iglesia. Ninguna banda puede predicar la Palabra como lo hace la Iglesia. Ninguna cafetería puede descubrir el pecado, advertir de sus consecuencias, y apelar al arrepentimiento como la iglesia. Hermanos, somos los portadores del tesoro más grande que Dios consideró adecuado darle al hombre. No es la política ni el entretenimiento. No es la autoayuda o una simple charla. Es este evangelio doloroso, lleno de angustia, pero victorioso, el que trae la verdadera revolución. Esto es lo que hace que la Iglesia sea permanentemente relevante.

FIDELIDAD, NO ENTRETENIMIENTO

“El más pobre,
el más triste,
el más ruinoso
edificio mohoso,
puede albergar un
evangelio vibrante,
eterno, que rescata
el alma, y hace
temblar el mundo”.

uniremos a nuestro Salvador en sus sufrimientos, y cumpliremos su Palabra.

Efectivamente, el evangelio se ha convertido en un mensaje nada popular. Pero todo esto lo anticipó nuestro Dios soberano. Y si el evangelio es repugnante ante los oídos de la sociedad, entonces es nuestro gran honor predicarlo aún más. Debemos ser cautelosos cuando la gente acepta nuestro mensaje sin reservas. Jesús nos advirtió que angosta es la puerta, y pocos son los que la encuentran. Si predicamos fielmente, entonces seremos odiados por muchos. Pero nos

“Si el mundo los odia, sepan que Me ha odiado a Mí antes que a ustedes. Si ustedes fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no son del mundo, sino que Yo los escogí de entre el

mundo, por eso el mundo los odia”, Juan 15:18–19.

No podemos creer que podemos competir contra el mundo y sus lujos. Las personas jóvenes y adultas encontrarán placeres en esta vida moderna que incluso nuestras congregaciones con más dinero no podrían comenzar a igualar. Pero el más pobre, el más triste, el más ruinoso edificio mohoso, puede albergar un evangelio vibrante, eterno, que rescata el alma, y hace temblar al mundo.



CURSOS

RECURSOS GRATUITOS EN LÍNEA
SOBRE VIDA & TEOLOGÍA

coalicionporelevangelio.org/cursos



DEVOCIÓN + HABILIDAD = SABIDURÍA EN EL TRABAJO

PROMESA DEL EVANGELIO: “**SABIDURÍA**”.

Por Ana Ávila

Una de las cosas que más llamó mi atención cuando nos mudamos a Guatemala fue la cantidad de negocios con nombres relacionados al cristianismo. A donde sea que mirábamos nos encontrábamos con algún taller mecánico “La bendición”, una tienda “El Señor proveerá”, un consultorio médico “Levántate y anda” o algo por el estilo. [1]

Desafortunadamente, en el país es bien sabido que un establecimiento con un nombre relacionado con la fe cristiana no significa necesariamente que el servicio vaya a ser justo (y mucho menos excelente!).

La idea de que podemos honrar a Dios con solo “cristianizar” alguna parte de nuestras labores es prevalente y peligrosa. Tenemos el pecaminoso deseo de manipular a Dios para obtener su favor, como si Él nos debiera algo por poner cierto nombre a nuestro establecimiento. Este deseo de tratar de agradarle o ganar su favor de manera externa nos recuerda la exhortación bíblica a cuidarnos de honrar “de labios” mientras nuestro corazón está lejos de Él. Aunque no hay nada inherentemente malo en colocar elementos cristianos en nuestros productos o negocios, de nada sirve que lo externo profese honra al Señor si la manera en que trabajamos no lo hace.

Los cristianos somos llamados a trabajar porque Dios trabaja. Es una de las maneras en las que Él nos concede el privilegio de reflejar su carácter: haciendo florecer la creación como sus embajadores... como mayordomos de lo que Él ha creado (Gn 1:27-28). Ya sea en la oficina, la escuela, el hogar o en donde sea que nos encontremos, cuando nos esforzamos con diligencia en hacer florecer y mantener el orden de la creación, y servimos a las personas en amor como Dios nos ha servido a nosotros, estamos cumpliendo parte de la misión que Él ha entregado a los seres humanos.

El devoto y el hábil

Es fácil perder de vista el verdadero propósito de nuestras labores cotidianas. Dos formas en que lo hacemos son las que he denominado “el devoto” y “el hábil”.

El “devoto” no es verdaderamente devoto, aunque lo aparenta. Es ese mecánico que coloca versículos en las paredes de su taller, pero entrega un trabajo incompleto y el cliente tiene que regresar en un mes. Es el oficinista que envía sus reportes dos semanas tarde porque siempre está ocupado evangelizando a sus compañeros. Es la chica de la alabanza que llora en cada servicio de adoración, pero se salta las clases de canto (clases que nadie se atreve a decirle que realmente necesita).

El “hábil” no es verdaderamente hábil, aunque lo aparenta. Es aquel que sobresale en la firma de abogados resolviendo cientos de casos de manera favorable, pero que no puede ordenar su vida familiar con la misma maestría que ordena sus archivos en la oficina. Es la ama de casa cuyo hogar está siempre impecable y sus hijos son exquisitamente educados, pero que lleva ocho meses sin abrir su Biblia y sin compartir el evangelio con alguien. Es el estudiante que obtiene las mejores notas y participa con excelencia en todas las actividades extracurriculares que su campus ofrece, pero que maneja su estrés viendo pornografía y ha descubierto que no puede controlarse.

El “devoto” es consagrado pero no dedicado, mientras que el “hábil” es justamente lo contrario. Ambos se esfuerzan de manera

**“Si estás en Cristo,
puedes dejar de
correr hacia la
devoción a medias o
la habilidad externa
y correr a los pies de
tu Señor”.**

equivocada. Ambos han fallado en cumplir su misión. La devoción y la habilidad son buenas, pero por sí solas no son suficientes. Para trabajar como a Dios le agrada necesitamos tanto devoción como habilidad. Para trabajar como a Dios le agrada necesitamos sabiduría.

Un camino mejor

No podemos conformarnos con honrar al Señor con nuestros labios mientras nuestras manos están ociosas. Dios nos llama a ser mayordomos buenos. No podemos conformarnos con ofrecer un trabajo excelente mientras nuestros corazones están apartados del Señor (Mt 15:8-9). Dios nos llama a ser mayordomos fieles.

Existe un camino mejor que la devoción a medias y la habilidad externa: el camino de la sabiduría. La sabiduría que Dios ofrece es una que otorga conocimiento e inteligencia, y que también nos impulsa a huir de la maldad (mira Proverbios 2). Es una sabiduría que nos hace diestros y diligentes, y que también nos hace piadosos porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Pr 1:7). Es una sabiduría que nos hace mayordomos buenos y fieles de la creación del Señor y de nuestro prójimo.

Si estás en Cristo, puedes dejar de correr hacia la devoción a medias o la habilidad externa y correr a los pies de tu Señor.

“Cada tarea cotidiana es una oportunidad para honrar a tu Señor, siendo un mayordomo bueno y fiel de los recursos que le pertenecen”.

Gracias al sacrificio de Jesús en la cruz, tienes acceso libre a la fuente de toda sabiduría. Puedes ir delante del Dios de todo entendimiento —el omnisciente Creador de los cielos y la tierra— y pedirle que te conceda entendimiento y un corazón puro para cumplir con tus responsabilidades de manera que le agrade. Si pedimos con fe, nuestra súplica jamás será en vano.

Él promete darnos toda la sabiduría que necesitamos (Stg 1:5).

Si estás en Cristo, puedes trabajar duro y hacerlo con un corazón cuyo deseo más grande es agradarle. Puedes preparar esa hoja de cálculo con excelencia —como si la fueras a enviar al Señor y no a tu jefe (Col 3:23-24)— y usar la hora del almuerzo para hablar

de Jesús a tu compañero. Puedes invitar a una amiga a leer la Biblia aunque tu casa no esté inmaculada, y lavar juntas la cocina al terminar. Puedes ser verdaderamente devoto y verdaderamente hábil.

Cada tarea cotidiana es una oportunidad para honrar a tu Señor, siendo un mayordomo bueno y fiel de los recursos que le pertenecen. Procura ser ese mayordomo bueno y fiel que el sacrificio de Cristo te permite ser. Primero, ve continuamente a la Fuente de toda sabiduría en su Palabra, clamando por esa sabiduría con fe. Después, sal de tu alcoba y esfuérzate con la mirada en Cristo. Él ya te ha dado la victoria.

[1] Estos nombres son ficticios, inspirados en hechos reales. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

A photograph of a person sitting at a desk, reading an open book with one hand and using a laptop with the other. Overlaid on the bottom half of the image is a green rectangular button with white text and graphics. The text reads "NUESTRO MEJOR CONTENIDO DIRECTO A TU CORREO" and "¡SUSCRÍBETE!" with a downward arrow. Inside the button is a white icon of an envelope with a checkmark inside it.

NUESTRO MEJOR CONTENIDO
DIRECTO A TU CORREO

▼

¡SUSCRÍBETE!

COALICIONPORELEVANGELIO.ORG/CORREOS

CÓMO EL EVANGELIO NOS LLEVA A TRABAJAR EN AMOR AL PRÓJIMO

POR ARTURO PÉREZ



En su obra *Creed or Chaos?* (¿Credo o caos?), la poeta británica Dorothy Leigh Sayers reflexiona sobre cómo la sociedad inglesa de la década de 1940 entendía el significado cristiano del trabajo como un acto de amor al prójimo, luego de enfrentar los embates de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Ella creía en la doctrina cristiana del trabajo como una expresión de la capacidad creativa que el ser humano recibe por ser creado a imagen de Dios. También admite que esa creencia había sido distorsionada por una herejía moderna que define el trabajo como todo aquello que hacemos para obtener dinero y placer.

Sayers se lamentaba de cómo los doctores de su época no practicaban la medicina principalmente para aliviar a los pacientes del dolor, sino para ganar dinero, mientras esperaban que la cura de la enfermedad llegara en el camino. También menciona el caso de abogados que cobraban sus honorarios para ganarse la vida, y no necesariamente porque tenían interés en la justicia.

Un causa mayor

Sayers observó un cambio de actitud cuando muchas personas fueron llamadas al servicio militar durante la guerra, porque encontraron en su nueva ocupación un inesperado sentido de propósito al trabajar para una causa mayor:

“La razón por la que hay hombres que muchas veces se encuentran felices y satisfechos en el ejército es que por primera vez en sus vidas se han encontrado a sí mismos haciendo algo, no por la paga, que es miserable, sino por el bien de realizar el cometido”.[1]

Ese tiempo terrible de guerra se convirtió en una causa mayor en la cual cada ciudadano británico sentía que su trabajo contribuía a la causa de la supervivencia de la nación y la lucha contra el nazismo. Cuanto más grande es la causa o razón para trabajar con excelencia, mayor motivación deberíamos tener.

“Cuanto más grande es la causa o razón para trabajar con excelencia, mayor motivación deberíamos tener”.

Nosotros, los creyentes, tenemos una razón mayor para hacer de nuestro trabajo un acto de amor al prójimo: el evangelio de Cristo.

El evangelio revoluciona el trabajo

El evangelio anuncia que nuestro trabajo y nuestras obras no logran nada para ganar el favor de Dios, y que solo la obra terminada de Cristo ganó para nosotros Su completa aceptación. Esto implica que ningún trabajo debería ser motivo de vanagloria y no puede considerarse en sí mismo superior ni meritorio.

Por lo tanto, ya que en Cristo somos amados y aceptados por Dios, ahora tenemos la posibilidad de trabajar en nuestra vocación con un sentido de gozo, paz, y libertad, para servir a Dios y a nuestro prójimo mediante actos de amor.

Fue así como la Reforma protestante del siglo XVI revolucionó la visión del trabajo, al redefinirlo como un acto de amor que honra a Dios a través del servicio al prójimo según la vocación a la que hemos sido llamados... incluso aunque el pago no sea el mejor.

Trabajo impulsado por amor

Tal vez hayas visto un vídeo viral en redes sociales donde aparece una entrevista de trabajo cuya descripción de puesto no tiene horario, demanda disponibilidad las 24 horas del día, los 7 días de la semana, las 52 semanas del año, y no ofrece ningún tipo de vacaciones ni remuneración económica.

Los entrevistados quedan perplejos al escuchar la lista de demandas que requiere la posición y afirman que esa descripción de puesto es imposible de ocupar, isobre todo sin ofrecer una remuneración económica! Al final de cada entrevista, el entrevistador informa al candidato que ese rol existe y que millones de personas lo ejercen, porque se trata de una de las ocupaciones más vitales e imprescindibles de toda la humanidad: ser madre.

“Esto es algo más que debería llevarnos a servir al prójimo en amor: en cierto modo, estamos sirviendo a Jesús mismo”.

limpiándolo, y velando por su salud, “Dios con todos sus ángeles y criaturas está sonriendo, no porque el padre (o la madre) está lavando pañales, sino porque lo está haciendo en la fe de Cristo” (LW 45:39-40).

Ser padres ilustra un caso particular donde seres humanos deciden servir a otros seres humanos (sus hijos) al hacer un sacrificio gozoso sin ánimo de lucro, motivados por amor y afecto natural. Pero aparte de nuestros hijos, ¿será posible servir por amor al prójimo que no es nuestro familiar? En nosotros mismos, es imposible (Mr. 10:27); pero estando en Cristo sí es posible.

Aunque toda buena obra que hacemos tiene tintes de motivaciones pecaminosas, y no podemos demostrar que amamos al prójimo a la altura que Dios lo demanda (Ro. 7:17; 1 Jn. 1:8), sin embargo, al mismo tiempo, estando en unión con Cristo, su justicia nos ha sido imputada y su amor nos apremia (Gá. 2:20; 2 Co. 5:14,

Al respecto, Martín Lutero consideraba la vocación de la maternidad más sagrada y útil que la de un religioso que se encierra en un monasterio para dedicarse a la meditación. En un sermón titulado: *El estado del matrimonio* (1522), Lutero decía que mientras los padres cuidan de su bebé, cambiando pañales,

17, 21). Esto nos lleva a andar en las obras que Dios preparó de antemano en aquella fe que obra por el amor (Ef. 2:10; Gá. 5:6).

En mí mismo, no puedo decir que mi obra es un puro acto de amor. Al mismo tiempo, estando en Cristo, su obediencia perfecta obrada como un puro acto de amor me ha sido contada por justicia por medio de la fe. Por lo tanto, mi servicio en Cristo es perfecto delante de Dios (solo en virtud de mi unión con Él), al tiempo que mi prójimo se beneficia del mismo. No es mi obra la que merece el mérito; es la obra de Dios en mí, en mi unión con Cristo. Y como decía Martín Lutero: “Dios no necesita tus obras; tu prójimo las necesita”. Todo esto nos anima a trabajar en amor genuino hacia los demás sin distinción de personas.

Amar a nuestro prójimo como a Jesús

Por último, hay algo más por mencionar. En el relato del juicio final en Mateo 25:31-46, Jesús sorprende tanto a las ovejas de su derecha como a los cabritos de su izquierda cuando revela que sus tratos con los creyentes fueron con Jesús mismo. Cristo les dijo: “En cuanto lo hicieron a uno de estos hermanos Míos, aun a los más pequeños, a Mí lo hicieron” (Mt. 25:40).

Parece ser que, hasta el día del juicio final, no tendremos certeza de quiénes serán salvos. Actualmente solo vemos a quienes profesan la fe, pero no sabemos con exactitud quiénes de los que hoy son incrédulos creerán al final o quienes de los que hoy profesan la fe en realidad no son creyentes. Es por eso que tanto las ovejas como los cabritos mencionados por Jesús se sorprenden en el juicio de Dios.

“En el último día nos sorprenderá ver que detrás de muchas personas a las que pudimos servir, estaba Cristo mismo, quien las redimió y las unió a Él. Y esto nos dará mucho gozo”.

Este pasaje enseña que los creyentes que sirvieron a otros, y los incrédulos que se negaron a servir a otros, al final del siglo resulta que Cristo toma ese servicio amoroso como si se lo hubieran hecho a Él. Esto es algo más que debería llevarnos a servir al prójimo en amor: en cierto modo, estamos sirviendo a Jesús mismo. En el último día nos sorprenderá ver que detrás de muchas personas a las que pudimos servir, estaba Cristo mismo, quien las redimió y las unió a Él. Y esto nos dará mucho gozo.

En fin, empleadores y empleados, gobernantes y ciudadanos, pastores y laicos: sean quienes sean aquellos a quienes servimos mediante nuestra ocupación, debemos ver y hacer nuestro trabajo como un acto de amor al prójimo. ¿Por qué? Porque vivimos para una causa mayor, para el Señor que nos apremia con su amor derramado en nuestros corazones.

[1] Dorothy Sayers, *Creed or Chaos?* (Harcourt: Brace, 1949), 43.

CONTENTAMIENTO EN TODO TIEMPO

PROMESA DEL EVANGELIO:
"FORTALEZA".

Por Patricia Namnún

“Si tan solo esto no estuviera pasando”. “Si tan solo tuviera más”.
“Si tan solo tuviera lo que ella tiene... todo estaría bien”.

¿No es este el sentir de nuestros corazones muchas veces? En nuestra naturaleza pecadora es tentador pensar que estaríamos mejor si tan solo las cosas fueran diferentes. Estamos insatisfechas con nuestras circunstancias, con aquello que tenemos o no tenemos. Proverbios lo dice muy bien: “El Seol y el Abadón nunca se sacian; tampoco se sacian los ojos del hombre” (27:20).

Pero hay algo que solemos perder de vista: el contentamiento no tiene que ver con un cambio de circunstancias, sino con un cambio del corazón.

La respuesta de la aflicción

En la carta de Pablo a los Filipenses encontramos uno de los pasajes que nos hablan sobre el contentamiento de manera directa, específicamente en el capítulo 4 versos 11-13:

“No que hable porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme cualquiera que sea mi situación. Sé vivir en pobreza, y sé vivir en prosperidad. En todo y por todo he aprendido el secreto tanto de estar saciado como de tener hambre, de tener abundancia como de sufrir necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

de esta carta, fueron las pruebas y aflicciones. En 2 Corintios vemos que Pablo sufrió naufragios, peligros de espada, azotes, hambre, desnudez, asalto, peligro entre sus compatriotas, trabajo, fatiga, peligros de muerte... y la lista pudiera continuar.

Pablo era un hombre afligido de muchas maneras, pero uno que a pesar de sus circunstancias tuvo contentamiento. ¿Te imaginas un corazón como este? ¿Cómo pudo Pablo haber llegado ahí?

Aprendiendo contentamiento

El texto de Filipenses nos dice que Pablo *aprendió* contentamiento. El Señor en su gracia lo fortaleció para que pudiera vivir así. Ahora bien, si dice que lo aprendió es porque era algo que no tenía, que no le salía natural, porque lo que a nosotros nos sale natural en nuestra condición caída es la insatisfacción y el temor. Esa actitud de inconformidad, incertidumbre y amargura hacia las diferentes circunstancias de nuestras vidas. Ese corazón que, sin importar las circunstancias en las que se encuentre, siempre quiere más o algo distinto, y donde una característica de sus labios es la queja.

“El contentamiento no tiene que ver con un cambio de circunstancias, sino con un cambio del corazón”.

En medio de la insatisfacción propia de su naturaleza caída, Pablo aprendió a tener contentamiento cualquiera que fuera su situación, porque, de nuevo, el contentamiento no tiene nada que ver con un cambio de circunstancias, sino con un cambio del corazón. Pablo pasó de la insatisfacción al contentamiento. Eso es lo que debe ocurrir en nuestros corazones también, por la fortaleza que el Señor que nos compró con su propia sangre nos da para salir adelante.

El contentamiento cristiano es la característica de un corazón que está confiado y seguro en su Señor y que, de manera voluntaria, se somete y se deleita en la amorosa, sabia y paternal disposición de Dios para cada circunstancia. El contentamiento se sustenta en el evangelio que nos anuncia que hemos sido justificados y redimidos por la obra de Cristo, que tenemos paz con Dios y que estamos con Jesús en lugares celestiales. El contentamiento es

la sumisión interior del corazón a un Dios que tiene cuidado de nosotros.

Algo importante que debemos tener en cuenta es que el contentamiento no es lo mismo que la resignación. La resignación dice: “No hay de otra, esto es lo que hay”, pero sigue temeroso, insatisfecho y carente de esperanza. El contentamiento se somete y se deleita en lo que Dios ha dispuesto para la vida.

El secreto del contentamiento

Para poder aprender contentamiento hay algo clave que debemos considerar, algo a lo que Pablo le llama “el secreto”. Lo vemos en el verso 13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

Lamentablemente este verso ha sido malinterpretado una y otra vez. Muchas personas lo han usado como si ellos fueran Popeye y Cristo su espinaca. Como si lo que estuviera diciendo es que en Cristo pueden lograr lo que sea que les llegue a la mente. Pero el significado de este verso va mucho más allá, y es mucho más profundo que esta simple afirmación fuera de contexto.

**“En Jesús podemos alcanzar
contentamiento sin importar lo difícil
de la circunstancia que estemos
viviendo”.**

Lo que Pablo nos está diciendo en este pasaje es que el secreto del contentamiento está en Cristo. Que en Jesús podemos alcanzar contentamiento sin importar lo difícil de la circunstancia que estemos viviendo. Esta es una promesa de fortaleza que tenemos en Él.

En Cristo podemos tener contentamiento en medio de la enfermedad, en medio de la dificultad económica, en medio de la soledad, en medio de la rebeldía de un hijo, en medio de la circunstancia difícil en mi trabajo, en medio de cualquier circunstancia: *todo lo puedo en Cristo que me fortalece*.

Pablo alcanzó el contentamiento cuando aprendió que Cristo era

suficiente para Él. Ese es el secreto. Podemos aprender contentamiento y su secreto cuando llenamos nuestras mentes de la Palabra de Dios. Esta es la manera en la que podemos conocer a Jesús y fijar nuestros ojos en Él, y así ser fortalecidos por su gracia.

Así que, ¿cuándo se manifiesta mi confianza en Dios? Cuando mi gozo y seguridad no dependen de mis circunstancias cambiantes, sino del Dios que nunca cambia y de sus promesas seguras. Cuando en medio de cada circunstancia recuerdo que Dios se preocupa por nosotros como un Padre, y nada se escapa de su voluntad. Cuando en todo tiempo recuerdo que todo lo que Dios hace es para mi bien y que cada situación en mi vida es una manifestación de la gracia y el amor de Dios para mí. Cuando recuerdo que esta vida es temporal y que llegará un día donde no habrá más dolor y nuestro Rey Jesús hará nuevas todas las cosas.

Podemos llevar vidas de contentamiento cuando nuestra seguridad está en Él y no en nuestras circunstancias. Es con los ojos puestos en la cruz que genuinamente podemos decir: “He aprendido a contentarme cualquiera que sea mi circunstancia. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

UN EVANGELIO SIN CRUZ HACE **CRISTIANOS DÉBILES**

POR CAMERON COLE

Asistir a un servicio del Viernes Santo es una experiencia poderosa y desgarradora; escuchar nuevamente los relatos de crucifixión en el evangelio de Juan y cantar la letra de *¿Estabas allí cuando crucificaron a mi Señor?*:

¿Estabas tú allí cuando crucificaron a mi Señor?

¿Estabas allí cuando lo clavaron al árbol?

¿Estabas allí cuando lo pusieron en la tumba?

¿Estabas allí cuando quitaron la piedra?

Ciertamente tales imágenes pueden hacer que los corazones de los creyentes tiemblen y sus ojos se llenen de lágrimas. Con frecuencia hablamos de la cruz de manera abstracta hasta el punto de mostrar indiferencia y distanciarnos de la realidad concreta del Hijo sufriente de Dios. El Viernes Santo nos recuerda que Jesús sufrió una muerte insopportable y experimentó toda la ira del infierno en ese momento victorioso.

Sin embargo, cuando se trata de ministrar a los jóvenes, puede ser fácil para nosotros hablar sobre el amor y la misericordia de Dios de una manera que omita la cruz. No obstante, un evangelio sin cruz solo producirá cristianos débiles, incluso sin carácter, en un mundo de por sí desafiante.

No enseñes un evangelio sin sacrificio

Algunos sectores de la iglesia niegan la expiación sustitutiva. Ignoran esta doctrina que comienza en Génesis 3, domina Levítico, emerge más prominentemente en los Salmos y en los profetas, y es el corazón y punto culminante de la misión de Cristo.

Algunos sugieren que Jesús es una víctima indefensa de las injusticias de un mundo cruel. Al reducir su muerte a un mero simbolismo, eliminan lo que el Nuevo Testamento identifica como la función central del Calvario: expiar los pecados del pueblo de Dios. Esta visión solo oscurece la plenitud de su amor generoso.

Rara vez se omite la cruz de forma deliberada en círculos evangélicos, pero sucede mucho más frecuentemente de lo que debería. Quizás es cuestión de querer evitar un tema difícil. Tal vez es solo una cuestión de olvido.

De todos modos, con demasiada frecuencia el evangelio simplemente se comunica a los niños como: “Dios te ama”, “A Jesús le importa tu vida”, o “Dios perdona tus pecados”. Tales declaraciones son ciertas, pero el amor de Dios es más profundo que un sentimiento sin derramamiento de sangre. Su amor brilla más en la cruz.

La muerte de Jesús implicó un profundo sacrificio. Él soportó el dolor físico de la tortura y la crucifixión. Experimentó el dolor emocional y social de la humillación pública, la traición y la burla de aquellos a quienes vino a salvar. Sobre todo, absorbió el juicio eterno de Dios al cargar con los pecados de su pueblo.

Aquí yace el verdadero significado del amor de Dios. Se encuentra en el costo de la cruz.

“El amor de Dios es más profundo que un sentimiento sin derramamiento de sangre. Su amor brilla más en la cruz”.

Dales toda la cruz

Cuando hablamos del evangelio con los jóvenes, debemos conectar constantemente el amor de Dios con la cruz. Ayúdalos a ver el costo total a nivel físico, emocional, social, y espiritual. El dolor de los látigos y los clavos fue solo una fracción de la miseria de Jesús. Enseñemos a los jóvenes la plena consecuencia de la muerte de Cristo, no para avergonzarlos, sino para demostrar la sustancia y la profundidad del amor de Dios por ellos.

A medida que los niños se convierten en adolescentes, jóvenes, y adultos, su propia fe se volverá más costosa en lo personal. Permanecer fieles a Jesús requerirá mayores sacrificios y rechazos. Ante las dificultades de obedecer al Señor Jesús, ¿por qué se aferrarían las personas a Él? Porque saben que Él sacrificó mucho por ellas.

Cuando conectamos el amor de Dios con la cruz de Cristo, construimos para los niños un ejemplo de amor que implica sacrificio. Un evangelio lleno de la cruz los ayuda a asociar estrechamente el amor y el costo; los dos, naturalmente, van de la mano. Y entienden que amar a Dios y a los demás también implicará un costo.

Evita el sentimentalismo

Un evangelio sin cruz equivale a sentimentalismo. El amor sentimental puede sentirse bien, pero en última instancia es superficial. Nadie soporta el llamado de seguir a Cristo, un llamado que altera nuestra vida y que es extremadamente incómodo, por algo que leen en una tarjeta romántica.

Un amigo de la universidad, inspirado en los esfuerzos de su madre por subsidiar su educación, modeló el compromiso que surge del amor sacrificial. Trabajó incansablemente, soportando los desafíos de una agotadora trayectoria de contabilidad en *Wake Forest* sin titubear ni quejarse. A menudo decía: “Mi mamá está trabajando un turno extra por la noche para que yo esté aquí. Lo estoy dando todo y estoy agradecido de hacerlo”. El sacrificio

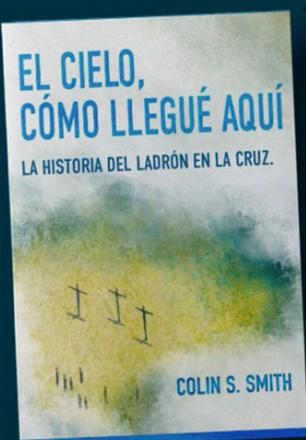
“El contentamiento no tiene que ver con un cambio de circunstancias, sino con un cambio del corazón”.

de su madre por su educación moldeó su actitud y solidificó su determinación a enfrentar los desafíos de la universidad.

El verdadero amor de Dios, arraigado en el sacrificio de la cruz, conduce a la perseverancia en apoyarse al llamado de Cristo. Hace cristianos que toman posiciones firmes al frente de puntos de vista impopulares. Produce jóvenes que se aferran a Cristo para toda la vida. Produce discípulos con una fe duradera.

El costo y el amor van juntos en el amor de Dios por nosotros. El costo y el amor van juntos en nuestro amor por Él. Proclamemos el escándalo de la cruz y levantemos a jóvenes valientes, para la gloria del Rey crucificado.

Publicado originalmente en *The Gospel Coalition*. Traducido por Sergio Paz.



Descarga gratis
el audiolibro

115 minutos de duración
Leído por Javier Arriola

En colaboración con Unlocking the Bible

[Haz clic aquí para descargar](#)

PERDONANDO A OTROS EN TIEMPOS DE FURIA Y ODIO

PROMESA DEL EVANGELIO: “**PERDÓN**”.

Por Josué Barrios

En un momento de la película *The Avengers*, el grupo de superhéroes requiere que el personaje de Bruce Banner se enoje y convierta en el gigante Hulk de manera rápida. Él explica, para sorpresa de sus compañeros, cómo eso es posible para él: “Este es mi secreto... Siempre estoy enojado”. Inmediatamente después, Banner se transforma en su alter ego y empieza a aplastar monstruos alienígenas enemigos.

Al igual que este personaje ficticio, nuestra cultura es una que parece vivir en enojo, lo cual va de la mano con el odio a los demás. En cuestión de segundos, cualquiera en redes sociales puede actuar como un Hulk virtual aplastando a otra persona con quejas, insultando a quienes están en desacuerdo con él o criticando una publicación. Se nos da muy bien “cancelar” todo lo que no nos guste solo porque sí, sin hacer un juicio justo primero; es común despreciar a quienes piensan distinto a nosotros y nos desagradan. No sabemos extender misericordia y gracia. Siempre excusamos nuestra furia y odio.

Un mundo sin perdón

Nuestra sociedad está cada vez más polarizada en todos los aspectos y hay muchas razones que podríamos señalar para esto. En redes sociales estamos inmersos en cámaras de eco que fortalecen nuestras opiniones y nos dificultan entender a quienes piensan distinto. En Internet es fácil hablar apresuradamente y malinterpretarnos unos a otros sin perdonar nuestros errores. Además, los medios muchas veces distorsionan la verdad por la forma en que presentan los titulares. Las mentiras corren más rápido que la verdad.

Al mismo tiempo, las redes sociales están diseñadas para llevarnos a ser rápidos para hablar y generar contenido e interacciones. También nos motivan a ser veloces para airarnos cuando vemos publicaciones que producen enojo en nosotros, y así obtienen más atención de la que deberíamos darles (cp. Stg 1:19). Sumado a esto, hundir a otros en público se convierte fácilmente en una forma de elevarnos sobre los demás y justificarnos a nosotros mismos para obtener aprobación de otras personas. Odiar es atractivo cuando al hacerlo puedo ganar “me gusta” y comentarios positivos de quienes piensan igual a mí.

Pudíéramos seguir hablando sobre qué está detrás de nuestra creciente cultura de odio y las cosas que nos empujan a despotricar con facilidad, pero algo debe quedar muy claro para quienes creemos en Cristo: somos llamados a vivir en contra de esta corriente tóxica. Nuestro mundo está acostumbrado a odiar y expresar su furia; nosotros somos exhortados a perdonar y extender gracia reflejando el corazón de Dios.

Llamados a perdonar

Esta es una de las lecciones que más me confrontan al leer la primera carta de Pedro, escrita a iglesias odiadas por la sociedad: iglesias perseguidas, insultadas y difamadas. ¿Cómo debían estas iglesias tratar a las otras personas en respuesta a tanta malignidad? No con furia ni acciones de venganza. No difamando a otros o burlándose de ellos por ser ignorantes de la fe, ni creyéndose superiores a los demás. En cambio, mira lo que dice Pedro:

“En conclusión, sean todos de un mismo sentir, compasivos, fraternales, misericordiosos, y de espíritu humilde; no devolviendo mal por mal, o insulto por insulto, sino más bien bendiciendo, porque fueron llamados con el propósito de heredar bendición” (1 Pedro 3:8-9).

Este es un mandato que involucra el perdón, incluso a quienes nos tratan de la peor forma que podemos imaginar. Se trata de un perdón radical que nuestra sociedad actual no conoce. Eso es bendecir cuando nos insultan y no devolver mal por mal. Eso es ser misericordiosos y de espíritu humilde, incluso cuando no es popular serlo.

Piensa conmigo por un momento: ¿Puedes imaginar qué pasaría si todos los creyentes usáramos las redes sociales de esta manera? ¿Si nos comportamos de esta forma en nuestros trabajos, en la universidad, en las reuniones familiares o con personas que piensan distinto a nosotros? Unos versículos atrás, Pedro nos ayuda a responder estas preguntas:

“Amados, les ruego como a extranjeros y peregrinos, que se abstengan de las pasiones carnales que combaten contra el alma. Mantengan entre los gentiles una conducta irreprochable, a fin de que en aquello que les calumnian como malhechores, ellos, por razón de las buenas obras de ustedes, al considerarlas, glorifiquen a Dios en el día de la visitación” (1 Pedro 2:11-12).

En otras palabras, Pedro dice que no vamos a ganar al mundo para Cristo si nos comportamos igual al mundo. Es como si dijera: “¿Quieres que la gente glorifique a Dios por tu vida? Bien, entonces deja de seguir las pasiones pecaminosas que gobiernan al mundo y vive conforme al evangelio, con integridad”. Y lo que leímos en 1 Pedro 3:8 (“sean todos de un mismo sentir, compasivos, fraternales, misericordiosos, y de espíritu humilde...”) forma parte de la “conducta irreprochable” que debemos tener. Esto es para que otros puedan interesarse por el evangelio debido a nuestra forma de conducirnos, y así puedan también conocer y glorificar al Señor que nos rescató.

¿Qué significa todo esto cuando hablamos sobre el perdón? Significa que los cristianos que perdonan pueden ser un medio para atraer a otros a Cristo. Una comunidad caracterizada por el perdón es refrescante en un mundo que está ardiendo por el odio y la sed de venganza.

“Una comunidad caracterizada por el perdón es refrescante en un mundo que está ardiendo por el odio y la sed de venganza”.

Nuestro “secreto” para perdonar

Una verdad dolorosa: perdonar no es fácil. Pero como creyentes podemos perdonar a otros y profundizar más en este tema cuando reconocemos nuestro llamado. Esa es la razón que Pedro nos da para vivir diferentes al mundo: “no devolviendo mal por mal, o insulto por insulto, sino más bien bendiciendo, *porque fueron llamados con el propósito de heredar bendición*” (1 P 3:9).

“Si Dios nos perdonó cuando éramos sus enemigos y ahora lo tenemos todo en Él, ¿quiénes somos para no perdonar a otros?”.

En el contexto más amplio de esta carta, el apóstol viene hablando de la herencia incorruptible que tenemos reservada para nosotros gracias a la obra de Dios por medio de Cristo (1:3-4). Nuestra herencia es más grande de lo que podemos imaginar. Y la tenemos totalmente por gracia, porque Dios nos *perdonó* cuando no lo merecíamos.

Recordar nuestra herencia y su costo nos lleva a vivir perdonando a los demás. En otras palabras, si Pedro viviera en nuestro tiempo nos diría que no tenemos que devolver mal por mal; no tenemos que vivir odiando a otros, uniéndonos a legiones de linchadores en redes sociales o guardando rencor hacia otras personas. ¡No necesitamos actuar así! Ya somos herederos de Dios y nos aguarda una herencia que nunca se marchitará, una que fue comprada para nosotros por la sangre de tu Salvador que te ama. Dejemos que esto sea suficiente para nosotros y esperemos en Él.

Jesús vino, murió y resucitó para hacer esto posible, dándonos en Él todo lo que necesitamos para glorificarlo con nuestras vidas. Ese es nuestro “secreto” para vivir como pecadores perdonados que perdonan. Un “secreto” que debemos anunciar a todo el mundo y reflejar en nuestras vidas porque se trata de la mejor noticia en el universo. Como también dijo Pablo:

“Sea quitada de ustedes toda amargura, enojo, ira, gritos, insultos, así como toda malicia. Sean más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándose unos a otros, así como también Dios los perdonó en Cristo” (Ef 4:31-32).

A fin de cuentas, si el Señor no nos aplastó por nuestra maldad como merecemos, ¿quiénes somos para aplastar a otros como si fuésemos una especie Hulk? Y si Dios nos perdonó cuando éramos sus enemigos y ahora lo tenemos todo en Él, ¿quiénes somos para no perdonar a otros y buscar que también puedan heredar bendición?



¡Síguenos en nuestras Redes Sociales!



@coalicionporelevangelio



Coalición por el Evangelio



@TGC_Coalicion



Coalición por el Evangelio



www.coalicionporelevangelio.org

NUNCA ES TARDE PARA COMENZAR
A LEER LA BIBLIA

LEYENDO
LA
BIBLIA

UN PLAN DE LECTURA BÍBLICA Y DEVOCIONAL DE
COALICIÓN POR EL EVANGELIO EN COLABORACIÓN CON:

NBLA
NUEVA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS

iÚNETE HACIENDO CLIC AQUÍ!

la gloria de Jeho
la verá; porque le
i voces. Y yo resp
a voces? Que tod
u gloria como fl

que se
a serca, y la fler se ma
que jorobad segun en ell
que se serca, marchitan la fi

LA MISERICORDIA DE DIOS EN “NOTICIAS DEL GRAN MUNDO”

PROMESA DEL EVANGELIO: “MISERICORDIA”.

Por Valia Lima

Muchos preferimos evadir las noticias que afectan nuestra sensibilidad. Evitamos los temas relacionados con actos atroces y huimos de la realidad que nos incomoda. Lamentablemente, la maldad es real. El asesinato, el racismo, el maltrato y el abuso acontecen diariamente en el mundo en el que vivimos. En medio de estas circunstancias, Dios tiene gran compasión por nosotros. No nos dio lo que merecíamos. Nos dio a Jesús, a quien definitivamente no merecemos. Películas como *Noticias del gran mundo* nos llevan a reflexionar sobre esta verdad.

Noticias del gran mundo (2020) es una película dirigida por Paul Greengrass, basada en una obra de ficción de la novelista Paulette Jiles. La historia nos presenta al capitán Jefferson Kyle Kidd (Tom Hanks), un veterano de la guerra civil de Estados Unidos, y a Johanna Leonberger (Helena Zengel), una niña huérfana que ha sido criada por el pueblo Kiowa. Ambientada en Texas, en el año 1870, la película sigue al capitán Kidd y a Johanna en una peligrosa travesía de 600 kilómetros para llegar al nuevo hogar de la pequeña. La simpatía entre ambos personajes crece durante el camino y su relación se estrecha al enfrentar actos que revelan la fragilidad del corazón humano. Actos que dejan vulnerable al mundo y lo llenan de noticias viles.

La mala noticia de la fragilidad humana

En la primera escena descubrimos que el capitán Kidd gana su sustento leyendo noticias de periódicos de diferentes partes del país. Las noticias ajenas parecen ser el escape para las

circunstancias tristes de los pueblos que visita... pueblos llenos de crímenes, racismo, odio y abuso. La película muestra, con cierta discreción, escenas de terribles actos que son producto de una sociedad sin Dios. Es un retrato oscuro de la humanidad. Es la imagen de un mundo caído, separado de Dios. Una representación que no es tan diferente de nuestro mundo actual.

Las escenas de dolor y maldad deberían recordarnos que los seres humanos somos frágiles y débiles. La Biblia dice que nuestro mundo se quebrantó a causa del pecado. Está lleno de seres humanos con flaquezas y propensos a la maldad (Gn 6:5); basta con tomar un periódico para confirmar lo que las Escrituras ya han declarado. Nuestro mundo se desmorona y en el corazón humano impera la maldad. El pecado nos separa completamente de Dios. Vivimos las consecuencias de nuestros propios actos y exponemos el odio que brota de lo más profundo de nuestro ser. Aún así no hemos sido consumidos (Lm 3:22). Se nos ha dado una esperanza.

La buena noticia de la misericordia de Dios

Muchas películas expresan el profundo anhelo de esperanza que posee el ser humano. La necesidad de algo mejor: la necesidad de Dios. *Noticias del gran mundo* no es la excepción. La trama resalta la bondad humana en medio de la maldad y el sufrimiento. Mientras andan en su travesía, los pequeños actos de bondad son vitales para defender la vida del capitán Kidd y Johanna en medio de la violencia y los sucesos inoportunos del camino. Actos de bondad llevados a cabo por personas de contextos diferentes, personas que sobrellevan su propio dolor. El sufrimiento resulta ser la causa de empatía en medio de la enemistad.

“El mundo en el que vivimos sufre a causa de la maldad de cada ser humano. Pero entre las malas noticias hay una buena. La mejor de todas: Dios entiende nuestra aflicción”.

En una de las escenas, el capitán Kidd calma a una multitud llena de odio a causa de una noticia. Sus palabras resumen una verdad real para nuestro mundo: “Lo entiendo. Todos estamos sufriendo. Todos nosotros. Pero creo que también tenemos un papel en

todo esto... Son tiempos difíciles". Todos pecamos y sufrimos. El mundo en el que vivimos sufre a causa de la maldad de cada ser humano. Pero entre las malas noticias hay una buena. La mejor de todas: Dios entiende nuestra aflicción con compasión y nos da Su evangelio.

"Teniendo, pues, un gran Sumo Sacerdote que trascendió los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra fe. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Por tanto, acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna" (Hebreos 4:14-16).

Dios mismo a través de Jesús padeció la fragilidad humana y sufrió en manos de un mundo transgresor. Jesús, en carne propia, presenció actos de racismo, odio y abuso. Fue incitado a pecar, expuesto como cualquier otro ser humano, pero sin falla. Fue el sacrificio perfecto por nuestro pecado. Él recibió nuestro castigo y nosotros recibimos Su misericordia. Resucitó y está sentado a la diestra de Dios, esperando concretar su obra en la vida de quienes acuden a Él.

El sufrimiento del capitán Kidd, el dolor de Johanna y la crudeza del pecado que transcurre a lo largo de las escenas de *Noticias del gran mundo* son parte de una historia de ficción que no se aleja de la realidad. Vivimos en un mundo donde el pecado ha contaminado todo. Estamos dañados y sufrimos.

"Dios mismo a través de Jesús padeció la fragilidad humana y sufrió en manos de un mundo transgresor".

Pero recordemos que nuestro Señor lo entiende y se compadece. Vivió y fue asesinado por nuestro pecado. Nuestra realidad no es ajena a Él. La diferencia radica en que a Él no lo venció el pecado o la maldad humana. Él venció a la muerte y te ofrece también esa misma victoria porque pagó por tus pecados en la cruz. Acércate al trono de Su gracia y recibe Su inagotable misericordia.

EL MILAGRO DE LAS BUENAS NOTICIAS DE REDENCIÓN

Un poema sobre el evangelio

POR ALEJANDRO URREA

“Aclamen con júbilo al Señor, toda la tierra.
Sirvan al SEÑOR con alegría;
Vengan ante Él con cánticos de júbilo.
Sepan que Él, el SEÑOR, es Dios;
Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos;
Pueblo Suyo somos y ovejas de Su prado”
(Salmo 100:1-3).

Despertaste como de un sueño profundo.
Viste que era de día y volviste a la vida.
Quisieras saber qué haces allí.
Miles de preguntas se acumulan en tu mente,
no como olas en la orilla de la playa,
sino como un tsunami.
El desconcierto es total.
¡Estabas muerto y ahora estás vivo!

Una cosa es segura,
tú no hiciste nada por revivir.
No importa, es de día y hoy estás vivo.

Recuerdas que Pablo a los efesios les escribe,
que Dios les “resucitó”
cuando estaban muertos en sus pecados.
Muertos, les dio vida.
La muerte fue aplacada;
no, ella fue vencida.
Aplacado significa que puede volver.
Te unes a los efesios
y eso sinceramente es motivo de celebración.

Ahora estás vivo y solo quieres correr, celebrar, cantar.
¡Sí! ¡Canten alegres al Señor habitantes de toda la tierra!

¿Cómo no cantar al que me dio la vida?

¿Cómo no servirle con alegría?

Te preguntas.

Tienes un fuego, una pasión.

El muerto vive.

Eres el ladrón en la cruz,

la mujer samaritana,

Zaqueo redimido,

Pedro en la playa...

Sí, te amo.

Yo te amo,

porque Tú me amaste primero.

El Poderoso corrió al verte,
y no te rechaza sino te invita a su presencia.

¡Vengan a su presencia con regocijo!

Gritas por las calles
anunciando las buenas nuevas de salvación.

En esa presencia, te doblegas.

No puedes sostenerte.

Quisieras decirle tantas cosas, y no puedes.

Su presencia es poderosa
y allí mismo reconoces que el Señor es Dios.

Tú no eres Dios,
no hiciste nada para vivir.

Él te hizo y no tú a ti mismo.

¡Eres solo por Él!

El día pasa y tienes miedo de dormir.

“Somos su pueblo”,
estas palabras suenan a retumbo de volcán,
a trueno de tormenta...

quisieras ser tortuga marina

y esconderte en un caparazón hecho a tu medida.

Pero, por alguna razón,
el oírlas te trae esperanza,

confianza y anhelo.

“Somos su pueblo”,
entonces hay más resucitados, te dices con una sonrisa.

“La noche no cambiará que soy suyo,
soy su pueblo.
Mi nacionalidad está enraizada en Él”.
Este pensamiento te da descanso:
que ahora el mismo pastor te cuida.
“Somos ovejas de su prado”, repites;
“¡Dormiré sabiendo que mañana despertaré!”.

La muerte fue vencida, y ahora lo tienes todo.
¡Canta alma mía, vida mía con alegría!
Pues estaba muerto y ahora vivo,
perdido y ahora encontrado.
Eres el pródigo.
Siempre lo fuiste.

¡Pródigos!
Descansemos en la verdad que el Señor es Dios.
Cantemos porque Él nos invita a su presencia.
Sirvámosle porque Él nos hizo y hoy,
¡somos tuyos!

¡Quiero cambiar!

Reseñado por Priscila López Villegas

Quizá has escuchado la expresión: “Esa persona dio un giro de 180°”. Cuando esta expresión se refiere a un cristiano, se trata de una metáfora que ejemplifica cómo la salvación transforma nuestra vida y la redirecciona. Cuando escuchaba en predicaciones sobre este giro radical, mi mente dudaba de que esto estuviese pasando en mi vida, pero, a la vez, anhelaba que comenzara aquel cambio, aunque no sabía cómo buscarlo.



¿En algún momento has sentido que quieres cambiar algo en tu vida? Quizá es el tiempo de hacerlo, pero a la luz de las Escrituras. Puede ser que en este mismo instante tu corazón esté gritando por un cambio. ¡No dejes de lado a Dios en este proceso! Ni olvides que esto tiene un propósito eterno y que Dios usa diferentes medios para ayudar. Por ejemplo, el nuevo libro de Justin Burkholder, pastor en la Iglesia Reforma en Guatemala y miembro del consejo pastoral de la Coalición por el Evangelio.

En *¡Quiero cambiar!*, Justin propone que la importancia del cambio de cada creyente está en Cristo. A través de doce capítulos, divididos en tres secciones, considera distintos factores que influyen en nuestras vidas y que son fundamentales al momento de buscar un cambio, tales como nuestra identidad, relaciones, sufrimiento, y propósito. El escritor busca demostrar que la vida del creyente no es un proceso estático o lineal hasta la eternidad, sino que está continuamente en movimiento y crecimiento, gracias al poder de Dios que opera en nuestros corazones y en las diferentes áreas de nuestras vidas.

El verdadero cambio *comienza* en lo profundo de nuestro ser

Diariamente ocurren cambios en nuestro entorno, ya sea a nivel físico, psicológico, o social. ¡Es algo natural! Pero cuando se trata de nuestras vidas, el verdadero cambio solo proviene de la transformación y redención de nuestro corazón entenebrecido (Ro 1:18-32).

El inicio de todo cambio no está en una *checklist* de lo que debemos hacer o remover de nuestras vidas, sino que está en la obra redentora de Cristo, por la que somos justificados, reconciliados con Dios, y dirigidos hacia Él. Al respecto, Burkholder señala que “Dios ha diseñado nuestro proceso de cambio. Y nuestro proceso de cambio no inicia con la conducta, inicia con un corazón inclinado hacia Él. *Nuestro proceso de cambio es de corazón a conducta*” (p.10, énfasis añadido).

El verdadero cambio *emerge* y no se queda en lo profundo de nuestro ser

Si el cambio procede del interior del creyente, ¿cómo ocurre esto? A través de *¡Quiero cambiar!*, el autor enfatiza el papel fundamental del Espíritu Santo en nuestra renovación. Permitir que Él obre en nosotros es vital para nuestras vidas, puesto que Él es quien produce los cambios que nos asemejan más a la persona de Cristo.

“Reconocer que somos nuevas criaturas en Cristo, por su obra redentora, nos dará un punto de partida en el proceso de cambio”.

No podemos olvidar que es Su poder el que transforma nuestros corazones: “Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu” (2 Co 3:18).

Un elemento que influye en la correcta nutrición de nuestro ser es comprender dónde está nuestra identidad. El autor señala al respecto que “Para nuestro proceso de cambio es esencial que entendamos claramente nuestra identidad. Esto incluye saber en dónde no buscar nuestra identidad y también entender quién realmente somos en Cristo” (p. 35).

Reconocer que somos nuevas criaturas en Cristo, por su obra redentora, nos dará un punto de partida en el proceso de cambio. Esto nos permitirá experimentar la transformación de manera progresiva: disciplinarnos y servir a Dios con propósitos eternos y, a su vez, crecer en el proceso de santificación.

En la última sección del libro, Justin explica cómo y por qué nuestras decisiones reflejan el estado de nuestro corazón. Cada una de ellas, impulsadas por distintos desafíos (como el sufrimiento, nuestras relaciones, o conflictos), muestran si nuestros corazones anhelan llevar una vida semejante a la de Jesús en estos aspectos. En este sentido, el autor señala: “Tu proceso de cambio de corazón a conducta resulta en una vida íntegra, al vivir todos los momentos a la luz del señorío de Cristo” (p. 168). Todo nuestro ser debe tener el propósito de glorificar a Dios por la eternidad; los cambios en tu vida son necesarios para ello.

Solo podemos cambiar al acercarnos a Dios

iQuiero cambiar!, es un excelente recurso para estudiar de manera individual o con grupos de distintas edades. A través de cada capítulo, recuerdas o aprendes acerca de lo que necesitas fortalecer en tu vida espiritual. Puede que seas un recién nacido en Cristo o quizás lleves años siendo creyente. Sea cual sea tu realidad, te invito a considerar lo que el pastor Justin Burkholder quiere enseñarte a través de este libro mediante el estudio de lo que Dios nos dice en Su Palabra.

“Muchos piensan que tienen que cambiar *para* acercarse a Dios, cuando la realidad es que solo pueden cambiar *al* acercarse a Dios” (p. 54).

COALICIÓN RESPONDE

Pregunta 1

Hay unas iglesias que hablan sobre el tabernáculo de David (citando Amós 9:11) donde hacen “casas de oración” las 24 horas del día. En este contexto se habla de música profética, intercesión profética, cantos proféticos... ¿Es bíblica esta práctica? ¿Se está utilizando bien el término “profético”?

— Zeta

No hay ninguna referencia bíblica que nos indique que, cuando el profeta Amós describe que Dios levantará el tabernáculo caído de David, se refiere a lugares donde habrá alabanza y oración las 24 horas al día.

Ahora, alabar y orar continuamente no está mal; la Biblia nos llama a orar sin cesar (1 Ts 5:17). Sin embargo, en estas casas de oración, el énfasis es en la alabanza y la oración “profética”. Bíblicamente, algo es “profético” cuando está declarando poderosamente la verdad de Dios ante la necesidad del corazón humano.

Uno de los pasajes que mayor entendimiento nos da en cuanto a cómo se ve un elemento profético en un servicio de adoración es 1 Corintios 14:22-24. En ese pasaje, Pablo está instruyendo a la iglesia de Corinto, enseñándoles que cuando un elemento del servicio es verdaderamente profético, el corazón del inconverso queda al descubierto y su

necesidad de Dios es expuesta. Para que una oración o alabanza sea profética, tiene que haber corazones presentes que deben ser regenerados.

En el capítulo 15 de Hechos se hace referencia a la profecía de Amós 9, y se menciona en el contexto de que los gentiles ahora podían ser parte del pueblo de Dios. ¿Por qué? Amós está describiendo a un Rey que vendría a traer acceso continuo a la presencia de Dios, regenerando corazones de todas las naciones: el mensaje profético más valioso que podemos recibir o proclamar es Jesús mismo.

— Sergio Villanueva

Pregunta 2

¿Está mal traducido Lucas 23:43?

— Carlos

Existen dos posibles traducciones, que dependen de una coma a la que llamaré “coma temporal”. Permíteme usar esta coma (en lugar de “que”), tal como aparece en el texto griego, para explicar la raíz del aparente problema:

- 1) De cierto te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso.
- 2) De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso.

Si observas la primera opción, la coma que antecede a “hoy” indica que Cristo estaría afirmando que el ladrón, por haberse arrepentido y creído, estaría ese mismo día con Cristo en el paraíso. En la segunda opción, Cristo estaría afirmando que ese día le hacía la promesa al ladrón, sin definir cuándo estarían juntos en el paraíso.

Dicho esto, la respuesta es no. Lucas 23:43 no está mal traducido si la traducción se hace a partir del Nuevo Testamento Griego de Nestle-Aland (NTG).

Los manuscritos (como el Papiro 75 o Papiro Bodmer) que llegaron a los editores del NTG impreso no tenían signos de puntuación. Por lo tanto, no había comas ni puntos que indicaran dónde colocar la coma temporal en Lucas 23:43. Esos signos los agregaron después los editores a las versiones griegas impresas. Tampoco aparece el “que” que agregan nuestras versiones y

que se usa para darle un mejor sentido a la traducción al español.

Los editores del NTG debieron tomar una decisión sobre dónde colocar la coma temporal. Ellos decidieron dejar la coma en el texto griego impreso en esta posición: “De cierto te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso”. Dicho sea de paso, esta opción es aceptada en las versiones griegas, españolas, inglesas y alemanas, por mencionar algunas. Finalmente, esta traducción es la más aceptada a nivel académico porque coincide con el resto del mensaje de las Escrituras (2 Co 5:6; Fil 1:23; Lc 23:43; Heb 9:27).

Sin embargo, si elegimos la segunda traducción, “De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso”, sería una mejor alternativa que eliminaría la tensión al tener que explicar a dónde fue Cristo al morir (¿al paraíso o al infierno?). Además, esta traducción no atentaría contra nuestra postura de que todo creyente al morir va a la presencia de Dios y que Cristo fue a testificar a los espíritu encarcelados al morir (1 P 3:18-19). De esta manera, el problema del tiempo del cumplimiento quedaría resuelto al dejar la promesa de que el ladrón estaría con Cristo en el paraíso sin precisar el momento exacto, sabiendo que fue una promesa que sí se cumplió.

— Nimrod López

Pregunta 3

Mis padres se separaron hace siete meses y hoy hay odio en mi casa. Comencé a alejarme de Dios, no leo más la Biblia, tengo algunas deudas, mi familia está despedazada, mis hermanos pequeños me necesitan. Estoy desganado, sin vida y no sé exactamente qué hacer.

¿Cómo puedo volver a ser una persona que agrade a Dios?
¿Cómo puedo restaurar a mi familia?

— José

El pecado destruye todo a su paso. Destruye vidas, familias y comunidades. Esta no es la manera en que debía ser. Dios creó un mundo perfecto, en el que los seres humanos vivían en armonía con el Creador y su creación. Pero desde que el pecado entró en el mundo, las cosas son muy distintas.

Por nosotros mismos, no hay manera de remediar la situación. Por mucho que intentemos “portarnos bien” y construir una familia perfecta, siempre nos quedaremos cortos. El pecado es demasiado terrible. La buena noticia es que no tenemos que buscar salvación por nosotros mismos.

La única manera de ser una persona que agrade a Dios es ser una persona que está en Cristo. La única manera de ser una familia que agrade a Dios es ser una familia que se aferra a Cristo.

Tus hermanos necesitan un hermano perfecto, pero ese hermano no eres tú.

Ellos necesitan a Cristo. Tú necesitas a Cristo. Deja de cargar el peso de tu propio pecado y el pecado de tus padres sobre tus hombros. Arrepíntete de tu iniquidad y vístete de la justicia de Cristo. Predica el evangelio en tu hogar y descansa en que Dios es quien abre los ojos y transforma corazones.

Hermano, corre a Cristo. Exprésale cómo te sientes y ruégale que te levante y fortalezca. Ve a su Palabra, no como un medio para “ganar puntos con Dios” sino como tu fuente de vida y alimento.

No esperes una vida perfecta en este mundo caído. De este lado de la eternidad, el pecado seguirá presente en nuestras vidas y nuestras familias. Pero, si estás en Cristo, ese pecado no reina sobre ti. Camina como lo que ya eres, un hijo de luz (Ef 5:8). Dios hará su obra en ti y a través de ti.

— Ana Ávila

¿Tienes una pregunta para nosotros? Envíala a preguntas@tgc.org y podría aparecer en la siguiente edición de nuestra revista.

Créditos

Supervisión del proyecto

Fabio Rossi.

Director Ejecutivo de TGC: Coalición.

Equipo editorial

José “Pepe” Mendoza.

Director Editorial.

Josué Barrios.

Coordinador Editorial.

Ana Ávila.

Editora senior.

Nimrod López.

Editor de reseñas.

Rossy Baez.

Editora de traducciones.

Arianny Parabacuto.

Asistente editorial.

Diseño de la revista

Carolina Holguín.

Coordinadora de medios de TGC: Coalición.

Jacob Mejicanos.

Diseñador en TGC: Coalición.

Autores

(en orden de aparición)

Miguel Núñez.

Vicepresidente de TGC: Coalición.

Miguel Martínez.

Pastor en Grace Covenant Community Church (California, EE. UU.).

Arturo Pérez.

Miembro del board de directores de Knox Theological Seminary.

Patricia Namnún.

Coordinadora de iniciativas femeninas en TGC: Coalición.

Cameron Cole.

Presidente de Rooted: Advancing Grace-Driven Youth Ministry.

Valia Lima.

Colaboradora en TGC: Coalición.

Alejandro Urrea.

Coordinador de Evaluaciones para Acts 29 América Latina.

Priscila López Villegas.

Colaboradora en TGC: Coalición.

Sergio Villanueva.

Pastor de adoración en la Iglesia del Pueblo en West Chicago (EE. UU.).

Conoce más sobre el Equipo Coalición y nuestros colaboradores en nuestro sitio web.

Imágenes

Portada/Contraportada: surachat yaepae en LightStock

Artículo página 8: KevinCarden en LightStock

Artículo página 12: Jason Hogan en Unsplash

Artículo página 26: HarveyMade en LightStock

Artículo página 34: Katherine Marentes en LightStock

Escripturas tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com



COALICIONPORELEVANGELIO.ORG